

editorial

REQUIEM POR UNA CLASE OPRIMIDA

La modificación sufrida por el panorama latinoamericano desde septiembre de este año ha venido a responder interrogantes capitales en la historia mundial. Preguntas acerca del tránsito pacífico al socialismo, el civilismo de las fuerzas armadas, la ayuda extranjera y los costos sociales han sido absueltos en forma clara e inequívoca. Con lo cual, una nube ominosa se extiende sobre todo el continente, porque la luz de la madurez política, alimentada por el experimento chileno, se ha extinguido. Esa luz, que insinuaba tímidamente la posibilidad de un camino racional para el hondo problema de las desigualdades que minan el suelo latinoamericano, ha dejado de brillar; y en el momento actual, aparece la misma brecha inicial, insalvable y amenazante a lo largo y ancho de la América Latina.

Nadie discute la realidad ni las consecuencias de los errores técnicos y tácticos cometidos a lo largo de ese breve experimento. Pero muchos pueden preguntarse si los errores solamente lo son cuando sus efectos perjudican a determinadas gentes.

El desenlace del experimento ha demostrado cuánto hay de espejismo en la creencia de un cambio social radical, rápido y sin traumatismos. Este "modo de decir", al que se han aficionado muchos cristianos, con una ingenuidad social pasmosa, aparece ahora en toda su inconsistencia histórica.

Esa utopía de tres años, sirve ahora a muchos para comprender el significado de la lucha de clases, la organización innata de la derecha y el terrible sino de la violencia. Es interesante y muy revelador a este propósito, escuchar a quienes execraban "la violencia" en contra de los bienes, aplaudir ahora "la violencia" en contra de las personas.

El duelo de Chile no es el duelo de un país: es el duelo de una clase, esa clase oprimida desde el Río Grande hasta la Patagonia, de ese Tercer Mundo - B, que, dentro de las categorías en boga, no clasifica ni siquiera para el término de "en vía de desarrollo" puesto que esas vías están selladas.